

L u i s U a n B e e t h o v e n

Centenario de su Muerte

26 de Marzo de 1827



Hoy conmemora el mundo del sentimiento el centenario de la muerte de Beethoven, acaecida en Viena el 26 de marzo de 1827 a las seis de la tarde y bajo una violenta tempestad con que el cielo parecía celebrar alborozado la entrada a la gloria del artista más grande de todos los tiempos.

ELITE, en esta fecha sagrada, deseando unirse en algo al sentimiento de los amantes del arte más elevado que tuvo en Beethoven su más elevada expresión, acoge con gusto el siguiente fragmento de un artículo inédito de su modesto y desinteresado colaborador I. M. Capriles, extractado para ser leído por él esta noche en una velada íntima con que la señora doña Soledad de Braun conmemorará en su mansión el tránsito de aquel genio excelso.

Beethoven... Escribir sobre la trascendencia de la obra de este genio, de este compositor inmenso cuya música compleja y profunda

es considerada la innovación más radical de que ningún arte haya gozado jamás, sería desviarme, sin respeto ni autoridad, del camino modesto que me corresponde y del que no me permiten apartarme mis escasas luces, mejor dicho, la única luz que aquí me guía: la del sentimiento. Es pues por este solo sendero, que después de todo es por donde se llega mejor y más plenamente al conocimiento de su corazón gigante, que pretendo hablar de Beethoven al lector.

El es, en mi sentir, quien con su música ha sabido hablar de cuantas bellezas, de cuantas grandezas puede encontrar en este mundo el espíritu humano. Parece como si hubiera dicho al hombre: "Venid conmigo; yo os enseñaré a conocer cuanto hay de más rico y más noble en la vida que os rodea". Y, en el campo más elevado del arte, después de brindarnos en su primera época todo el sentimiento difuso de su "música pura" que, según muchos historiadores de su obra, concluye con su inmortal Quinta Sinfonía, pasa con la Sexta, "La Pastoral", al terreno en que parece querer ilu-

minarnos un poco acerca de su música cada día más hidalga y generosa. En esta última Sinfonía, tras hacernos sentir, "sacada del eco de su propio corazón", la belleza santa de una naturaleza en paz, en la tranquilidad sublime del "andante" que él mismo llamara "Escena junto al Arroyo", anuncia en su orquesta y hace estallar en ella la tempestad con sus ruidos de lluvia, sus relámpagos y sus truenos, para ofrecernos después la gloria del cielo azul que reaparece, mientras se eleva serenamente uno de los temas de más pura y más dulce alegría que oírse puede, al que el mismo autor ha puesto el título de "Canto de los Pastores en su júbilo y reconocimiento después de la Tormenta" y que alguien con razón ha llamado: "Música de purificación y de sobrehumana serenidad". Así, en pleno campo, nos habla Beethoven del amor que la naturaleza merece, en este himno que es homenaje sublime que sólo de su corazón ha podido brotar.

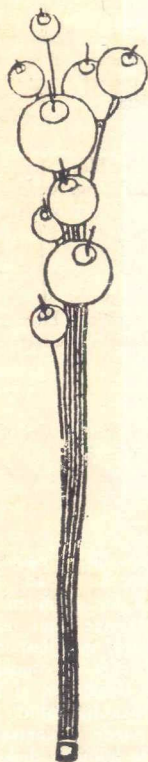
En su Misa en Ré, escrita unos diez años más tarde, encontramos, entre tantas otras pruebas de su noble espíritu reflejado en su música, un ejemplo elevadísimo de su amor a la humanidad. Llamado por un magnate cristiano a escribir esta misa solemne, ya se sabe que ella no ha podido ser acogida bajo las bóvedas de ningún templo católico, pues el autor, aunque educado en el catolicismo que no repudió jamás, sólo sentía florecer en su alma, según frase de su biógrafo Chantavoine, "una especie de deísmo humanitario y una inclinación al panteísmo estético cuya fuente había encontrado al través de Goethe en la filosofía de Spinoza". Y estas ideas, apagando

en la infinita sinceridad de su pensar y su sentir las lecciones que aprendiera de Palestrina, cuya obra amaba, pero cuyos espíritu e ideas religiosas no poseía, acabaron por dar rienda suelta a lo que en todo su sér vibraba al elevarse en la composición de esta misa al Dios de su conciencia que sólo supo dictarle esta obra religiosa en un sentido tan amplio, que no pudo caber (¡imposible!) en el cuadro estrecho y riguroso de las exigencias litúrgicas en que las leyes de la música de la Iglesia habían querido sofocar su vuelo. Y así, olvidando el espíritu de la Religión Católica, expresa su fe, que es, "su confianza en la voluntad y la bondad humanas", en esta misa que él mismo consideraba su más sentida obra y que, según sus palabras, "había salido del corazón y aspiraba llegar al corazón". Este corazón es el de los seres libres de "pensar y de sentir" que, con sus latidos, le responde hoy, y cada día con más fuerza, en nombre de esa humanidad a la que ha amado y cantado, por encima de todo, el corazón inmenso de Beethoven.

Y así como su Sinfonía Pastoral es un himno a la naturaleza y la Misa en Ré un himno de su fe en el destino del hombre, flor de la naturaleza, así, en su Novena Sinfonía, llegando más alto, su himno es un llamamiento a la flor del sentimiento del hombre, que es el sentimiento de la fraternidad humana. ¡Corazones que latís al impulso de este afecto santo y al mismo tiempo comprendís el lenguaje de la música de los grandes, decidme si no es asistir al más glorioso acto religioso, escuchar el significado de estas palabras de Jesús al través de la música de Beethoven: "Amáos los unos a los otros"!—I. M. CAPRILES.

SONETO DE GONZALO CARNEVALI

EL AMOR PERDURABLE



*"Ese amor", me decían, "no ha de durar: la vida
te abrirá muchas sendas, ampliará su visión,
y mañana esa dulce mujer a cuya egida
vives hoy una cálida juventud de pasión,*

*será el suave recuerdo de una cosa ya ida,
el perfume adorable de una vieja ilusión,
la nostalgia de un valse, la huella de una herida
lejana. . . . un detalle para tu corazón."*

*Han pasado los años y a cada nuevo día
se ha muerto o se ha trocado alguna cosa mía;
en los nuevos senderos que trajinando voy*

*apenas si recuerdos me quedan del pasado. . . .
Y al través de esa vida donde todo ha cambiado
sólo el amor de antaño es el amor de hoy.*

Gonzalo CARNEVALI.

Caracas, marzo de 1927.

(Para ELITE).